

Stephen Leacock (1869-1944)

Traducción e introducción
de Juan José Lanz

Nacido en Swanmoor (Hampshire, Inglaterra), sus padres emigraron pronto a Canadá. Allí estudió en la universidad de Toronto y en la norteamericana de Chicago. Entre 1901 y 1936 fue profesor de Economía Política en la Universidad Mc Gill de Montreal.

Como escritor, es uno de los creadores del humor flemático inglés, tan característico dentro de la literatura sajona, y uno de los pilares fundamentales para el posterior desarrollo, junto con las novelas de G.K. Chesterton, de obras como las de Evelyn Waugh o William Saroyan.

Es autor de numerosos libros humorísticos y de tratados y estudios sobre el humor; entre los más destacados, se encuentran los siguientes: *Literary Lapses* (1910), *Nonsense Novels* (1911), *Frenzied Fiction* (1917), *Laugh Parade* (1940), *My Re-Markable Uncle* (1942), *Humour: Its Theory and Technique* (1935), etc.

El terrible destino de Melpomenus Jones Stephen Leacock

Algunas personas -ni usted ni yo, porque somos lo suficientemente engreídos- pero algunas personas, encuentran gran dificultad para despedirse cuando hacen una visita o van a pasar la tarde a alguna casa. Cuando se acerca el momento en que el visitante siente que ya está en su derecho de marcharse, se levanta y dice de pronto, "Bien, creo que yo...". Entonces la gente le dice, "Oh, ¿debe irse ahora? ¡Seguro que todavía es pronto!" y sigue un penoso esfuerzo.

Creo que el caso más triste de este tipo de hechos que conozco es el de mi pobre amigo Melpomenus Jones, un clérigo -¡un hombre tan joven, de sólo 23 años! El, simplemente, no podía escaparse de la gente. Era muy modesto para contar una mentira y muy religioso para desear parecer maleducado. Bien, pues ocurrió que fue a visitar a unos amigos suyos la primera tarde de sus vacaciones de verano. Las siguientes seis semanas eran completamente suyas -no tenía absolutamente nada que hacer. Charló un rato, tomó dos tazas de té, y entonces se preparó para el esfuerzo de pronto dijo:

"Bien, creo que yo..."

Pero la señora de la casa le dijo, "Oh, no! Mr Jones, ¿de verdad no puede quedarse un poco más?"

Jones siempre decía la verdad. "Oh, sí", dijo, "por supuesto que -mmm- puedo quedarme".

"Entonces, no se vaya, por favor".

El se quedó. Tomó once tazas de té. La noche estaba cayendo. El se levantó de nuevo.

"Bien, ahora", dijo tímidamente, "creo que realmente..."

"¿Tiene que irse?" dijo la señora amablemente. "Había pensado que, tal vez, pudiera quedarse a cenar..."

"Oh bueno, sabe, sí puedo", dijo Jones, "si..."

"Entonces, quédese, por favor; estoy segura de que mi marido estará encantado".

"De acuerdo", dijo débilmente, "me quedaré", y de nuevo se hundió en su silla, lleno de té y desesperado.

Papá llegó a casa. Cenaron. Jones se pasó toda la cena planeando cómo marcharse a las ocho y media. Toda la familia se preguntaba si Mr Jones era bobo y de mal temperamento o sólo bobo.

Después de la cena, mamá intentó "hacerle hablar" y le enseñó unas fotografías. Le mostró todo el museo familiar, varios cientos de fotografías -fotos del tío de papá y su mujer y del hermano de mamá y su niño, una foto interesantísima de un amigo del tío de papá con su uniforme de Bengala, una foto muy bien sacada del perro del socio del abuelo de papá y una muy pícaro de papá vestida de diablo para un baile de disfraces.

A las ocho y media, Jones había examinado setenta y una fotografías.

Todavía quedaban unas sesenta y nueve más. Jones se levantó. "Debo despedirme ahora" suplicó.

"¡Despedirse!" dijeron, "¡por qué, si sólo son las ocho y media! ¿Tiene algo que hacer?"

"Nada", admitió, y murmuró algo sobre quedarse seis semanas; luego, se rió tristemente.

Sucedió entonces que el hijo preferido de la familia, un simpático muchachito, había escondido el sombrero de Mr Jones; así, que papá le dijo que tendría que quedarse y le invitó a una pipa y a un rato de charla. Papá fumó su pipa y le dio la charla, y, aún así se quedó. A cada instante, él intentaba meter baza, pero no podía. Entonces, papá empezó a hartarse de Jones y finalmente dijo, con ironía, que lo mejor era que Jones se quedara toda la noche; podrían prepararle una cama. Jones no entendió lo que quería dar a entender y se lo agradeció con lágrimas en los ojos; papá puso a Jones en la cama del cuerto de invitados y le maldijo con todo su corazón.

Al día siguiente, después del desayuno, papá se marchó a su trabajo en el centro de la ciudad y dejó a Jones jugando con el niño, con el corazón destrozado. Su vigor había desaparecido totalmente. Todo el día estuvo pensando en marcharse, pero la cosa le había obsesionado y, simplemente, no pudo hacerlo. Cuando papá volvió a casa se sorprendió y enfadó al encontrar a Jones todavía allí. Pensó deshacerse de él con una broma, y le dijo que tendría que cobrarle la manutención ¡je, je!. El infeliz joven fijó su loca mirada un momento, luego le dio la mano a papá, le pagó un mes de pensión por adelantado, se derrumbó y se puso a sollozar como un niño.

Durante los días que siguieron, estuvo irritable e inaccesible. Siempre estaba, por supuesto, en el salón, y la carencia de aire y ejercicio físico empezó a afectar su salud. Pasaba el tiempo tomando té y viendo fotografías. Podía estar horas contemplando la fotografía del amigo del tío de papá con su uniforme de Bengala -le hablaba, algunas veces le blasfemaba amargamente. Obviamente, su cabeza estaba fallando.



Al fin llegó el estallido. Lo subieron al piso superior con un rabioso ataque de fiebre. La enfermedad que siguió fue terrible. No reconocía a nadie, ni tan siquiera al amigo del tío de papá con su uniforme de Bengala. Algunas veces podía incorporarse en la cama y gritar, "Bien, creo que yo..." y luego caer de nuevo sobre la almohada con una risa horrible. Luego, podría saltar otra vez y gritar, "¡Otra taza de té y más fotografías! ¡Más fotografías! ¡ja, ja!"

Por fin, tras un mes de agonía, el último día de sus vacaciones, pasó a mejor vida. Dicen que cuando llegó el último momento, se sentó en la cama con una hermosa sonrisa de confianza en la cara y dijo, "Bien -los ángeles me llaman, lo siento mucho pero tengo que irme ya. Buenas tardes".

Y la ascensión de su espíritu desde su cárcel fue tan rápida como el paso de un gato perseguido por la verja de un jardín.